

## LAS CIUDADES DEL APOCALIPSIS

1. En contraste con el tono alusivo y elusivo del Apocalipsis, pues no es fácil aplicar sus símbolos a realidades concretas, el libro se dedica “a las siete iglesias de Asia” (Apocalipsis 1,4), esto es, a las iglesias de siete ciudades de la costa occidental de Turquía. Algunas de estas ciudades entran en la lista de los mayores núcleos urbanos de la antigüedad clásica y siguen atrayendo hoy a numerosos turistas o peregrinos que, como nosotros, buscan no solamente el encanto de la civilización grecorromana o la fascinación cosmopolita del turismo de sol y playa, sino también las huellas del primitivo cristianismo.

2. Las “siete iglesias” son: Efeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia y Laodicea (Apocalipsis 1,11). Éfeso es objeto de un tratamiento especial. Nos detenemos en las seis restantes, aunque las cuatro últimas no están en nuestro itinerario.

3. ESMIRNA (hoy, Izmir) es la tercera ciudad de Turquía, con más de tres millones de habitantes y una población activa y abierta a la cultura europea. La ciudad antigua se fundó en el tercer milenio a.C., contemporánea de los niveles más antiguos de la ciudad de Troya. Hasta parece que Homero vivió algún tiempo por aquí. Pero de los edificios antiguos no quedan más que algunos recuerdos en el museo.

Alejandro Magno, después de la derrota de los Persas en Granico, se detuvo en la ciudad que entonces era ya una ruina, antes de emprender la conquista de las ciudades de la costa oeste de Anatolia. Pero fue Lisímaco, uno de los generales de Alejandro, el que llevó a cabo la reconstrucción de la ciudad. Los romanos la engrandecieron hasta convertirla en uno de los puntos clave de la civilización romana en la provincia de Asia. Con Pérgamo y Éfeso se disputó el título de “primera ciudad de Asia”.

Esmirna fue teatro de enconadas batallas durante la guerra grecoturca, después de la I Guerra Mundial. Ocupada por el ejército griego, fue reconquistada por las tropas de Atatürk y el 9 de Septiembre de 1922 fue arrasada por un incendio provocado por unos u otros, por unos y los otros, tres días después de la conquista turca. Dada su posición estratégica fue elegida como cuartel general de la NATO para el mando de las tropas de tierra de Europa suroriental.

Hasta hoy la ciudad comprende una población cosmopolita: turcos, levantinos, griegos, armenios, judíos (entre ellos, muchas familias sefarditas que todavía recuerdan su pasado en España). Vale la pena una visita al antiguo bazar y al mercado de pescado, construido en el siglo XIX según planos de Gustavo Eiffel, el de la Torre parisina. Vale la

pena darse una vuelta por el paseo marítimo, desde la plaza Konak, donde se encuentra uno de los edificios que caracterizan a la ciudad, la Torre del Reloj, una fina obra de la época otomana. Hacia el norte, se llega por la Avenida Atatürk en la que se encuentran excelentes restaurantes y cafés, hasta la Punta festiva donde se reúne la juventud alegremente para lo suyo. Antes de llegar al extremo, la calle de los Enamorados, Sevgi Yolu, ofrece un amable descanso. Hacia el sur de la plaza Konak se encuentra el barrio judío, donde es posible escuchar el viejo castellano del tiempo de Isabel la Católica.

Esmirna fue una de las primeras sedes episcopales de la Iglesia antigua. La presencia cristiana va ligada al recuerdo del obispo san Policarpo (115-156), que sufrió el martirio junto con otros cristianos en la persecución ordenada por el procónsul romano. Se conserva la correspondencia de san Ignacio el obispo de Antioquía, en Siria, mártir también, pero en Roma (107), con Policarpo, así como una carta de éste a la iglesia de Filipos. Las referencias antijudías (“los que se llaman judíos, sin serlo y son en realidad una sinagoga de Satanás”, τῶν λεγόντων Ἰουδαίους εἶναι ἑαυτούς, καὶ οὐκ εἰσὶν ἀλλὰ συναγωγὴ τοῦ Σατανᾶ) son entendidas por algunos literalmente como designación de cristianos judaizantes, no judíos de verdad, un grupo que mencionan también Ignacio (*A los Filadelfos* 6:1; 8:2; *A los Magnesios* 8:10). Pero es más probable que sea un desahogo retórico para combatir a los líderes de la comunidad judía local, pues los cristianos se consideraban herederos y continuadores del judaísmo auténtico, además de que no pocos cristianos habrían llegado a estas tierras como emigrados de Galilea y Judea. Utilizar la expresión tan fuerte de “sinagoga de Satanás” es indicio de las relaciones hostiles entre la sinagoga y la iglesia ya en el final del siglo I. Es un conflicto similar al de la comunidad de Qumran con el resto del judaísmo. Que el calumniador, ὁ διάβολος, esté a punto de encarcelar a algunos de la comunidad es el modo de enfocar la persecución: detrás de los ejecutores inmediatos está todo el poder del Maligno. La proximidad de la denuncia de la “sinagoga de Satanás” y la persecución de los cristianos, incluso sugiere que fueran algunos judíos los que denunciaron a los cristianos ante las autoridades romanas (Actos 17,1-9). Los perseguidos no deberán temer porque, como vencedores, no sufrirán la muerte segunda o muerte definitiva, que sería la del espíritu. Es probable que sea una previsión de lo que iba a suceder a san Policarpo, o bien que tengamos aquí una indicación sobre la época de composición del Apocalipsis. La referencia al martirio es clara, pues al “ángel de la iglesia de Esmirna” se le invita a “no temer miedo por lo que va a sufrir y a mantenerse fiel hasta la muerte para recibir la corona de la Vida” (Apocalipsis 2,10).

4. PÉRGAMO (hoy, Bergama), capital de la región de Mysia, en sus tiempos mejores

llegó a tener una población de 200.000 habitantes. La población actual queda empequeñecida por los restos de su viejo esplendor. Pero los chiquillos tienen el detalle de ofrecer al visitante un recuerdo de los días gloriosos: un zumo de cerezas que recuerda la ambrosía o néctar, la bebida de los dioses, pero a más de uno le recordará las pócimas con que Atalo III fue eliminando a todos sus familiares y posibles sucesores. Mejor será que recuerde también “el maná escondido” que se promete al vencedor (Apocalipsis 2,17). Junto al maná, como premio, se promete también una piedrecita blanca, como un amuleto, según la creencia de la religión mágica o popular. En el mismo sentido se promete un nombre nuevo, que nadie sabría pronunciar sino los iniciados. Probablemente es una designación peculiar de Cristo resucitado.

La historia gloriosa de Pérgamo comienza con Lisímaco, uno de los generales de Alejandro Magno que a su muerte (323 a.C.) se repartieron su vasto imperio. Al morir Lisímaco en la guerra contra Seleuco (281 a.C.), su lugarteniente, Filetairo, a quien Lisímaco había confiado el tesoro de la ciudad (9.000 talentos de oro, 308.448 kilos), creó la base para la dinastía de los Atálidas, sucesión de soberanos que intercambiaban los nombres de Atalo o Eumenes. Pérgamo extendió su dominio por toda la zona occidental y central de Turquía, comprendiendo las regiones de Lidia, Frigia, Licaonia y Pisidia. Los éxitos militares de la dinastía atálida, que frenó también una de las repetidas oleadas de pueblo celtas en su expansión hacia el Occidente, han sido inmortalizados en la estatua del galo o celta agonizante, conservada en una célebre copia romana. Pérgamo se hizo famosa también por su esplendor cultural, pues aquí se generalizó el uso del pergamino como elemento de escritura, que ofrecía más garantías de durabilidad que el papiro egipcio. La biblioteca de Pérgamo llegó a contar más de 200.000 volúmenes, compitiendo con la riqueza de la biblioteca de Alejandría. Otro invento célebre fue la pez, extraída del monte Ida. En esa época gloriosa se construyeron las grandes edificaciones de la Acrópolis, cuyos restos son atracción turística: el palacio real, dos teatros, la biblioteca, el tesoro, los templos de Atenea, de Diónisos, de Trajano, y el gran altar de Zeus, edificado por Eumenes II para conmemorar la victoria sobre los celtas (190 a.C.), cuyos frisos se trasladaron al museo de Berlín, llamado hasta hoy Museo de Pérgamo. El lugar está marcado por dos pinos plantados por los arqueólogos alemanes.

En la parte baja de la ciudad se encuentran los restos del Asclepión o santuario de Esculapio, similar al de Epidauro y al de la isla de Cos, donde existió otro famoso Asclepión en el que practicó Hipócrates (460-377 a.C.) llamado “padre de la medicina”, al que se atribuye el famoso “juramento hipocrático”. El santuario o centro terapéutico comenzó a funcionar en el siglo IV a.C., pero las ruinas son de las construcciones del tiempo de Adriano (117-138 d.C.). En esta ciudad nació Galeno (129-216 d.C.), el médico-filósofo que tuvo gran influjo en la teoría y práctica médica en Europa desde la Edad Media, cuando sus obras fueron divulgadas por los escritores y médicos árabes, hasta

el siglo XVII. Su inclinación a la medicina debió nacer en su ciudad natal, precisamente por influjo del centro médico ligado a Esculapio. Prosiguió su especialización en Esmirna y luego Alejandría, trasladándose finalmente a Roma, donde encontró una clientela fiel entre las clases pudientes, y de modo especial entre los emperadores, sobre todo Marco Aurelio. De hecho los santuarios de Esculapio era simultáneamente un lugar religioso y un centro médico. El título o nombre de “asclepiado” se daba a los miembros de una escuela o clan de médicos famosos. Los restos de las instalaciones del Asclepión permiten hacerse una idea del ritual o proceso de curación: una teatro para relajación con técnicas de expresión corporal, las fuentes, el túnel donde pasaban la noche al fresco los enfermos y escuchaban los consejos de los iniciados, la elaboración de pócimas o remedios para la curación. El símbolo de Esculapio (dos serpientes en torno a una circunferencia que quizá aluda a una taza), que puede apreciarse en un gran capitel, en medio de una pequeña plaza, proviene de la leyenda de un anciano enfermo al que se prohibió el acceso a las instalaciones porque no tenía ninguna esperanza de curación. Sintiendo desahuciado, el enfermo aguardó sentado ante el templo, cuando vio que una serpiente venenosa bebía de un cuenco de leche. Decidido a acabar pronto con su vida, bebió aquella leche envenenada y milagrosamente se sintió curado. Por esa razón la serpiente y la taza pasaron a ser símbolos de curación.

La carta del Apocalipsis alude a Pérgamo como lugar “donde está el trono de Satanás”, ὅπου ὁ θρόνος τοῦ Σατανᾶ (Apocalipsis 2,13). Estas palabras suenan como una denuncia (“sé dónde vives”) y se han interpretado como alusión al altar de Zeus en la acrópolis de Pérgamo. Oros piensan más bien en el templo en honor de Roma y Augusto en una ciudad que era residencia del gobernador romano. En el contexto inmediato esta referencia enlaza con la muerte de Antipas, designado por Cristo con el título de “mi testigo fiel”, ὁ μάρτυς μου ὁ πιστός μου. Llamarle “testigo” puede indicar que Antipas fue arrestado e interrogado por el gobernador romano y posteriormente ejecutado en la ciudad, ὅς ἀπεκτάνθη παρ’ ὑμῶν, ὅπου ὁ Σατανᾶς κατοικεῖ. La identificación del poder de Roma con el de Satanás será un tema que aparecerá más desarrollado en los capp. 12-13 del Apocalipsis, cuando, dejando de lado las denuncias de los problemas de las iglesias, se generalice el mal, todo el mal, en la Iglesia y en el mundo, como culpa de los romanos.

El reproche por mantener en la comunidad a quienes seguían el ejemplo de Balaam es doble: por un lado, parece una acusación contra quienes no guardaban la debida distancia en sus relaciones religiosas y culturales con los no cristianos (comparían carne sacrificada a las divinidades paganas) y mantenían relaciones sociales con los no cristianos; por otro lado, hay una acusación de inmoralidad, “fornicar”, que seguramente ha de entenderse en sentido figurado. En el Antiguo Testamento es frecuente presentar la infidelidad a la religión monoteísta como una infidelidad matrimonial. Siguiendo el gusto

por el lenguaje metafórico o cifrado, ambos vicios, contaminación cultural y religiosa, se atribuyen al influjo de Balaam, el profeta cananeo que se resistió a maldecir a Israel, pero que en la tradición cristiana goza de mala fama fijándose sólo en la acusación de Números 31,16 y olvidando el conjunto del relato de Números 22-24. Con esa acusación se justificaba la guerra de exterminio contra Madián. El pecado de Baal Peor (Números 25) será mencionado como una de las grandes infidelidades de Israel por ceder a la idolatría olvidando al Dios Único. Esta contaminación religiosa es presentada también como una contaminación étnica, por lo que se menciona expresamente el pecado del trato sexual con las mujeres madianitas. En el Apocalipsis la idolatría es descrita generalmente como una infidelidad sexual (14,8; 17,2-4; 18,3.9; 19,2). Solamente en un lugar se usa el término en sentido propio, en una serie de pecados: asesinato, hechicería, fornicación, rapiña (Apocalipsis 9,21). En sentido figurado, la carta a Tiatira combate la actuación de Jezabel, siguiendo una inclinación típicamente profética de ensañarse con la ligereza sexual femenina, incluyendo en el castigo a sus hijos (Apocalipsis 2,20-23).

5. TIATIRA, actualmente Akhisar, conectada por tren y carretera con Esmirna y Manisa. Ciudad floreciente (de unos 100.000 habitantes), que exporta algodón, tabaco, grafito, opio, lana, pasas, tintes. Llamada originalmente Pelopia, recibió el nombre de Tiatira al convertirse en colonia macedonia en torno al 290 a.C. Fue integrada en el reino de Pérgamo en 190 a.C. y sirvió de estación de tránsito y aprovisionamiento en la calzada romana de Pérgamo a Laodicea. Ha sido excavada sólo parcialmente. Junto a la misión militar, que dio origen a la fundación de la ciudad, desde antiguo floreció el comercio. En ninguna otra ciudad se han encontrado testimonios tan abundantes sobre la gran variedad de gremios artesanales y mercantiles: del cobre, del bronce, de cuero, de lana y lino, de teñido textil, ceramistas, panaderos, comerciantes de esclavos.

El libro de los Hechos menciona a Lidia, comerciante en tejidos de púrpura, originaria de Tiatira, que apoyó la misión de Pablo en Europa (Hechos 16,14). Probablemente Lidia había cultivado su afición al judaísmo en su ciudad natal, donde, según Flavio Josefo, el primer fundador de la ciudad, Seleuco I Nicátor (305-281 a.C.), favoreció el establecimiento de una colonia judía para que la ciudad prosperase gracias al comercio. La divinidad principal fue Apolo Tyrimno, pero en la época romana integró también el culto al Emperador, a quien se consideraba como la encarnación de Apolo. Es probable que a esta deificación aluda la alusión al “Hijo de Dios” (Apocalipsis 3,18), pues como encarnación de Apolo, el Emperador sería al tiempo hijo de Zeus. Su descripción encaja también con la actividad metalúrgica cultivada en la ciudad: “sus ojos, como llama de fuego; sus pies, de metal precioso” (literalmente, χαλκολιβάνος, *orichalco* en latín, un término que aparece sólo en este lugar en todo el Nuevo Testamento y que sin duda

entendían los orífices de Tiatira; parece indicar un bronce de calidad y brillo extraordinarios muy brillante). La carta pone en guardia no sólo ante el riesgo de la religión oficial, sino también ante los peligros que suponía dentro de la comunidad una tal Jezabel, “profetisa falaz” que invitaba a contemporizar con el ambiente. A quienes se mantengan firmes se les promete nada menos que “el lucero de la mañana” (ἀστὴρ ὁ πρωῒνός, Apocalipsis 2,28), un premio que va incluso más allá que la promesa del libro de Daniel 12,3, recogida por Mateo 13,43.

6. SARDES (hoy Sart) fue la capital de la antigua Lidia, al este de Esmirna, situada en un espolón al pie del Monte Tmolus, dominando la llanura central del Valle del Hermus, donde desembocaba el camino real de los Persas. Fue la capital del antiguo reino de Lidia, a partir del siglo VII a.C., donde se hizo famoso Creso, el rey rico por antonomasia (560-546 a.C.). En Sardes se acuñaron por vez primera monedas de oro y plata, con un valor fijo respaldado por el gobierno, acabando con la tarea penosa de pesar cada pieza de metal utilizada en el comercio. La ciudad fue conquistada por los Persas (546 a.C.) y sucesivamente por los atenienses, los sirios seléucidas y por los romanos que fijaron en ella la capital de la provincia de Lidia. Destruída por un terremoto el año 17 d.C., la ciudad fue reconstruida y siguió siendo una de las ciudades más importantes de Anatolia hasta el siglo VII. Fue arrasada por el mongol Tamerlán en 1402. Entre sus monumentos religiosos destacaba el templo de Artemisa y el de Cibeles, construido por Creso, pero destruido por el ejército ateniense durante las guerras de la Confederación Jónica. Alejandro lo mandó reconstruir y lo dedicó a Artemisa, a la cual la población siguió atribuyendo algunos rasgos de su querida Cibeles. Sardes quedó en la antigüedad ligada a la memoria de Creso y sus incontables riquezas, así como las infinitas anécdotas que en torno a su figura tejieron los escritores antiguos. Quizá el juego de conceptos (“tienes nombre como de quien vive, pero estás muerto”, Apocalipsis 3,1) aluda a la conocida anécdota de Solón, el gran sabio de Grecia, al que preguntó Creso quién era el hombre más feliz en la tierra y respondió que el más feliz no es quien posee gran cúmulo de riquezas, sino quien tiene lo suficiente para su apañamiento diario.

7. FILADELFIA (hoy, Alasehir, a mitad de camino entre Sardes y Pamukkale) fue efectivamente una ciudad “puerta”, en el límite entre la cultura helenista y la misión cristiana. Quizá por eso la referencia a la “llave de David” (Apocalipsis 3,7). De hecho la ciudad fue desde tiempo antiguo un centro de expansión cultural (la lengua griega suplantó del todo a la lengua lidia en los primeros años de nuestra era) y misionera hacia las regiones del interior de Anatolia. El nombre de la ciudad deriva de su fundador, Atalo II, llamado “Filadelfo” por la fidelidad a su hermano Eumeno que le precedió en el trono

de Pérgamo. La religión local no se interesó ni por Zeus ni por los emperadores romanos, sino que prefirió a Dionisos, el dios de la vendimia. La uva y el regaliz son dos productos que marcan la actividad comercial de la ciudad actual.

8. LAODICEA se encuentra a sólo 10 km al sur de Pamukkale, la antigua Hierápolis, famosa por sus cascadas petrificadas formando sorprendentes estalactitas. El nombre de la ciudad es frecuente en la antigüedad, pues hay muchas Laodiceas. Ésta lo debe a Laodice, madre de Seleuco I Nicátor, o a Laodice, hija (o sobrina) de Antíoco I Sotér y esposa de Antíoco II Zeós. Se fundó como centro comercial y como guarnición que asegurase la paz en el imperio seléucida. Ocupada por los romanos, fue administrada en los comienzos del año 50 a.C. por Cicerón, a quien se le encargó poner orden en la administración de justicia y reparar los daños del anterior administrador, Apio Claudio, durante unos meses del año. Su posición, en la encrucijada de las vías de norte a sur de Anatolia occidental y entre Mesopotamia y el Mediterráneo, favoreció la prosperidad de la ciudad que pudo alzarse de nuevo después del terremoto del año 60 d.C. El antiguo esplendor de Laodicea continúa en la moderna ciudad de Denizli, con más de 200.000 habitantes, a media hora de Pamukkale. Es una ciudad moderna, con numerosas mezquitas, un museo que recuerda al creador de la Turquía moderna, Atatürk, y hasta un hotel que lleva el nombre - ¿qué otro? – de Laodikya.

Onésimo el de la carta de Filemón era de esta ciudad. Y hablando de cartas, hay que recordar la que se perdió, dirigida a los laodicenses. Será siempre difícil de explicar por qué el autor del Apocalipsis pasa por alto la evangelización de Pablo en estas ciudades. El final de la carta a los Colosenses contiene un saludo a “los hermanos de Laodicea, a Ninfas y la iglesia de su casa” y pide que intercambien las cartas: la de los Colosenses a Laodicea y viceversa. La referencia a la tibieza del “Ángel de la Iglesia de Laodicea”, que “no era ni frío ni caliente” y daban ganas de “vomitarlo por ser tibio” (Apocalipsis 3,16), se ha puesto en relación con la peculiaridad de las aguas que han dado lugar a las formaciones calcáreas de Pamukkale y que efectivamente tienen manantiales de agua termal.